

Una vez

Ségu^{da} parte de la trilogía *EVE*

ANNA CAREY

«Una aventura inolvidable que te atrapa sin remedio.

Una mirada fresca sobre lo que significa amar.»

Lauren Kate, autora de *Oscuros*

¿En quién puedes confiar cuando todos te quieren dar caza?

Por primera vez desde que se escapó de su colegio hace muchos, muchos meses, Eve puede dormir tranquila. Vive en California, un paraíso para mujeres, protegida del destino terrible que les espera a las huérfanas de la nueva América. Pero su seguridad tiene un precio: se vio obligada a abandonar a Caleb, el chico al que ama, solo y herido a las puertas de la ciudad que ahora es su hogar. Cuando Eva se entera de que Caleb puede estar en peligro, se lanza a los bosques para rescatarlo, la capturan y la trasladan a la Ciudad de Arena, la capital de la Nueva América.

Encerrada en la ciudad amurallada, Eve descubre un sorprendente secreto sobre su pasado y se ve forzada a enfrentarse a la cruda realidad que es el futuro que le espera. Cuando descubre que Caleb está vivo, Eve intenta escapar de su prisión para estar junto a él pero las consecuencias pueden ser fatales. De nuevo se encontrará ante una difícil elección: salvar a aquellos a los que ama o arriesgarse a perder a Caleb para siempre.

Para mi familia (de Baltimore a Nueva York)

Uno

Eché a andar sobre las piedras, con el cuchillo en la mano. La playa estaba salpicada de barcos maltrechos por el sol que llevaban mucho tiempo en la orilla. La embarcación que tenía ante mí, de seis metros de altura y casi dos veces más grande que las demás, había varado esa misma mañana. Mientras trepaba por la borda noté el viento helado que llegaba desde el mar; el cielo todavía estaba cubierto de bruma.

Al deambular por la desconchada cubierta, noté a Caleb a mi lado, ciñéndome la cintura con la mano. Señalaba el cielo y me mostraba cómo los pelícanos se lanzaban en picado hacia el mar y cómo la niebla se deslizaba sobre las montañas cubriéndolo todo de una capa de blancura. A veces me doy cuenta de que hablo con él y de que murmuro tiernas e íntimas palabras que soy la única que percibo.

Habían transcurrido casi tres meses desde que nos vimos por última vez. Yo vivía ahora en Califia, el campamento exclusivamente femenino creado hacía más de diez años, en pleno bosque, como refugio para las mujeres y muchachas procedentes del caos. Habían llegado de todas partes y cruzado el puente Golden Gate rumbo a Marin County. Algunas de ellas habían enviudado después de la epidemia y ya no se sentían seguras viviendo solas; otras habían escapado de pandillas violentas que las habían rete-

nido. También residían allí las que, como yo, se habían fugado de los colegios del Gobierno.

Mientras residía en el recinto amurallado escolar, todos los días contemplaba el edificio sin ventanas del otro lado del lago, el centro profesional al que habríamos asistido después de la graduación. La noche que precedió a la ceremonia, descubrí que ni mis amigas ni yo adquiriríamos las habilidades que nos permitirían contribuir al desarrollo de la Nueva América porque, dado que la epidemia había diezmando la población, nadie necesitaba artistas ni educadores, sino niños, niños que nosotras estábamos destinadas a procrear. Escapé por los pelos, pero luego me percaté de que mi verdadero destino era mucho peor: además de ser la encargada del discurso de despedida del colegio, estaba prometida al rey como su futura esposa, para traer al mundo a sus herederos. El monarca siempre me perseguiría y no cesaría hasta encerrarme entre los muros de la Ciudad de Arena.

Subí la escalerilla hasta la cabina superior de la embarcación. Delante del destrozado parabrisas había dos sillas y una rueda de timón metálica, tan herrumbrada que ni siquiera giraba; en los rincones se acumulaban papeles empapados de agua. Registré los armarios de debajo de los mandos en busca de latas de alimentos, ropa aprovechable y cualquier herramienta o utensilio que pudiese llevar a mi regreso al campamento. Guardé en la mochila una brújula de metal y una raída cuerda de nailon.

A continuación bajé a cubierta, me acerqué al camarote principal y, tapándome hasta la nariz con la camisa, corrí la puerta de cristal agrietado y entré. Las cortinas estaban echadas. Sobre el sofá, hundido entre los almohadones cubiertos de moho, había un cadáver envuelto en una manta. Recorrí el cuarto con gran rapidez, respirando por la boca, e iluminé con la linterna los armarios. Encontré una lata de comida sin etiqueta y varios libros mojados. El barco se movió ligeramente bajo mis pies mientras echaba un vista-

zo a los libros: había alguien en el camarote de abajo. Desfundé el cuchillo, me aplasté contra la pared contigua a la puerta de la cabina y presté atención a las pisadas.

Los escalones del nivel inferior crujieron. Aferrando el cuchillo, noté que alguien respiraba tras la puerta. La luz se colaba entre las cortinas y un rayo de sol oscilaba sobre la pared del camarote. Al cabo de un segundo la puerta se abrió, y alguien entró corriendo. Lo cogí del cuello y lo arrojé al suelo; le salté encima, le inmovilicé los hombros con las rodillas y le acerqué el cuchillo al cuello.

—¡Soy yo! ¡Soy yo! —Con los brazos contra el suelo, Quinn me miraba asustada.

Me aparté y sentí que el corazón me latía más despacio.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú —respondió.

En medio del forcejeo, había soltado la camisa que me cubría la boca y la nariz, y el pútrido hedor de la cabina casi me impidió respirar. Ayudé a Quinn a ponerse en pie tan rápido como pude. En cuanto salimos, se arregló la ropa; el aire salobre que nos agujijoneaba supuso un gran alivio.

—¡Fíjate qué he encontrado! —Levantó un par de zapatillas deportivas de color morado, cuyos cordones estaban anudados entre sí. En el círculo que había a la altura de los tobillos se leía: CONVERSE ALL STAR—. No estoy dispuesta a entregarlas; me las quedaré.

—Te comprendo perfectamente —le dije, irónica.

La lona de las zapatillas estaba milagrosamente intacta, en perfecto estado si la comparábamos con la mayor parte de las cosas que yo había encontrado. En Califia se utilizaba el sistema de trueque y, además, todas contribuíamos de diversas maneras: rebuscábamos en la basura, cocinábamos, cultivábamos, cazábamos y arreglábamos las casas y las fachadas desmoronadas. Yo trabajaba en la librería: restauraba novelas y enciclopedias viejas, cedía en préstamo los libros y ofrecía cursillos de lectura a quienes les interesaran.

A Quinn se le apreciaba un delgado corte en el cuello; se lo frotó y se manchó los dedos de sangre.

—Lo siento muchísimo —afirmé—. Maeve siempre dice que tenga cuidado con los descarriados.

La aludida era una de las madres fundadoras, nombre que se daba a las ocho mujeres que fueron las primeras en asentarse en Marin. Me había acogido y permitido compartir el dormitorio con Lilac, su hija de siete años. Durante mis primeros tiempos en Califia, ella y yo habíamos salido todas las mañanas de exploración, y me había mostrado las zonas seguras y cómo defenderme si me topaba con un descarriado.

—Pues he pasado por cosas peores —reconoció Quinn y, riendo quedamente, descendió por el costado del barco hasta la playa.

De cabello oscuro y rizado y facciones menudas, que se le apiñaban en el centro del rostro, con forma de corazón, era más baja que la mayoría de las habitantes del Califia; vivía en una casa flotante de la bahía, con otras dos mujeres, y dedicaban casi todo el día a cazar en la espesura del bosque que rodeaba el campamento, al que regresaban con ciervos y jabalíes.

Me ayudó a atravesar la pedregosa playa y me preguntó:

—¿Cómo aguantas la situación?

Contemplé las olas que rompían en la arena, el agua blanquecina e inexorable, y respondí:

—Estoy mucho mejor. Cada día resulta más fácil.

Intenté mostrarme entusiasta y alegre, aunque solo era cierto en parte. Cuando llegué a Califia, me acompañaba Caleb, herido en una pierna tras un encuentro con los soldados del rey. No le permitieron entrar. En aquel lugar no admitían hombres; era una de las normas. Él ya lo sabía, y no me había traído para que estuviésemos juntos, sino porque consideró que era el único sitio en el que yo estaría a salvo. Hacía mucho tiempo que esperaba noticias suyas,

pero no me había enviado ningún mensaje a través de la ruta, la red secreta mediante la cual se comunicaban fugados y rebeldes. Tampoco había dejado recado alguno a las guardianas de la entrada.

—Solo llevas unos meses aquí. Necesitas tiempo para olvidar. —Quinn me cogió por el hombro y me condujo hacia la linde de la playa, donde la rueda trasera de su bicicleta asomaba en medio de las hierbas que crecían entre las dunas.

Las primeras semanas de mi estancia en Califia apenas estuve presente: me sentaba a comer con las mujeres, paseaba el pescado blanco y blando por el plato y no escuchaba más que a medias las conversaciones que se mantenían a mi alrededor. Quinn fue la primera en arrancarme de mi ausencia. Ella y yo pasábamos las tardes en un restaurante remozado, cercano a la bahía, tomando la cerveza que las mujeres destilaban en cubos de plástico. Me explicó cosas de su colegio, cómo había escapado por una ventana rota y cómo se dedicó a acechar en la puerta de entrada, a la espera de que los camiones de provisiones realizaran el reparto semanal. Yo, a mi vez, le conté que había pasado varios meses como fugitiva. A grandes rasgos, las demás conocían mi historia: un mensaje cifrado, en el que se detallaban los asesinatos de Sedona, había llegado a través de la radio utilizada por la ruta. Las mujeres sabían que el rey me buscaba y habían visto al muchacho herido al que ayudé a cruzar el puente. En la quietud del restaurante, le conté a mi compañera absolutamente todo sobre Caleb, Arden y Pip.

—Por todo eso estoy preocupada —aclaré.

El pasado parecía cada vez más lejano y los pormenores de lo sucedido se tornaban más nebulosos cada día que pasaba en Califia. Paulatinamente, me iba resultando más difícil recordar la risa de Pip y los verdes ojos de Caleb.

—Comprendo lo que sientes por él —afirmó Quinn, y se deshizo un enredo del cabello. Su piel de color caramelo

era perfecta, salvo por la pequeña zona reseca de la nariz, enrojecida y descamada por el sol—. Las aguas volverán a su cauce. Necesitas tiempo.

Pisé un trozo de madera arrastrado por las olas, y me sentí satisfecha cuando se partió por la mitad. Pese a todo tenía conciencia de que éramos afortunadas, pues muchas veces, durante las comidas pensaba en la suerte que habíamos tenido de escapar de los colegios, en la cantidad de chicas que continuaban viviendo en ellos y en todas las que estaban bajo la férula del rey en la Ciudad de Arena. Claro que saber que me hallaba a salvo no puso fin a las pesadillas: Caleb a solas en una habitación, formándosele un charco de sangre seca y negra alrededor de las piernas. Las imágenes eran tan intensas que me despertaba con el corazón a punto de estallar y las sábanas mojadas de sudor.

—Me gustaría saber si sigue vivo —logré musitar.

—Tal vez nunca lo averigües —replicó Quinn—. Yo también he dejado gente atrás. Mientras escapábamos, pillaron a una amiga mía. Solía pensar en ella y obsesionarme por cómo podría haber actuado. ¿Y si hubiésemos elegido otra salida? ¿Y si hubiera sido yo la rezagada? Si lo permites, los recuerdos te arrasan.

Ésa fue la pista que me dio aquella chica: «Ya está bien». Había dejado de hablar del tema con las demás, pero, en cambio, arrastraba los pensamientos como si fueran piedras y los abrazaba para notar su peso. Cierta día Maeve me había dicho: «Deja de darle vueltas al pasado. Aquí todas tenemos algo que olvidar».

Caminamos por el borde de la playa; la arena nos cubría los pies y las gaviotas trazaban círculos en lo alto sobre nosotras. Fui a buscar la bici que había escondido detrás de la colina; la saqué de debajo de un arbusto espinoso y regresé al lado de Quinn. Ella ya estaba montada en la suya, apoyado un pie en el pedal, mientras se ataba el rizado cabello con un trozo de bramante. La holgada camiseta de color turquesa que llevaba, luciendo la leyenda «I ♥ NY», se

le subió por delante y le quedaron al descubierto unas rosáceas cicatrices inflamadas en el vientre que me indujeron a pensar en Ruby y en Pip. Había hecho referencia a su fuga, pero no me había dicho palabra de los tres años pasados en el colegio, ni de los hijos que había tenido.

Pedaleamos en silencio carretera arriba, oyendo únicamente el susurro del viento entre las hojas de los árboles. Algunos fragmentos de la montaña se habían desplomado sobre la calzada, de modo que varias pilas de piedras y ramas amenazaron con reventar las ruedas de las bicicletas. Me centré en esquivar los obstáculos.

A lo lejos un grito hendió el aire.

Intenté deducir de dónde procedía. La playa estaba vacía, la marea subía y el incesante borboteo de las olas cubría las rocas y la arena. Quinn abandonó la carretera, se puso a cubierto tras la espesura y me hizo señas de que la siguiese. Nos agazapamos entre la maleza y desenfundamos los cuchillos, hasta que por fin, en la calzada, apareció una silueta.

Harriet se hizo visible lentamente; pedaleaba hacia nosotras, mostrando una expresión rara y preocupada. Era una de las cultivadoras que distribuía hierbas y verduras frescas en los restaurantes de Califia; siempre olía a menta.

—Harriet, ¿qué pasa? —preguntó Quinn, bajando de inmediato el cuchillo.

La recién llegada, cuyo cabello se le había enredado terriblemente a causa del viento, se apeó de un salto de la bici y se nos aproximó. Se agachó, se puso las manos en las rodillas e intentó recuperar el aliento.

—Se ha detectado algún movimiento en la ciudad. Hay alguien al otro lado del puente.

Quinn se volvió hacia mí. Desde mi llegada, habían apostado guardianas en la entrada de Califia, que escrutaban la ciudad en ruinas de San Francisco en busca de indicios de los soldados del rey. Pero no habían detectado luces, todoterrenos ni efectivos.

Mejor dicho, hasta ahora no los habían detectado.

Mi compañera sacó la bicicleta de los matorrales, se encaminó hacia la carretera y me azuzó:

—Te han encontrado. No tenemos mucho tiempo.

Dos

Harriet trazó la curva sin dejar de pedalear.

—Precisamente por eso tenemos un plan —aseguró Quinn y, acelerando, se puso a mi lado para que pudiese oírla. Debido al impulso, algunos rizos enmarañados le cubrieron los ojos—. Todo saldrá a la perfección.

—No me encuentro demasiado bien —admití, y me giré para que no me viese la cara.

Se me había hecho un nudo en la garganta y respirar me resultaba doloroso. Me habían encontrado. El rey estaba cerca y se aproximaba cada vez más.

Quinn se inclinó para tomar una curva cerrada. El borde de la calzada, un barranco desmoronado de quince metros de altura, estaba muy próximo. Aferré el manillar, resbaladizo a causa del sudor, mientras ascendíamos rumbo al puente. Corría el rumor de que el Gobierno conocía la existencia de la comunidad de mujeres que se alojaban en las colinas de Sausalito, creyendo que se trataba de un grupúsculo de descarriadas más que de las depositarias secretas de la ruta. Habían transcurrido casi cinco años desde la última vez que llevaron a cabo un registro del campamento, durante el cual las mujeres se dispersaron por las colinas, donde permanecieron escondidas toda la noche. Los soldados pasaron junto a sus casas y habitáculos sin reparar en los refugios camuflados bajo un manto de hiedra muy crecida.

El puente estaba próximo: la imponente construcción de color rojo había sufrido un incendio atroz, y allí se amontonaban coches quemados, restos de vigas y cables caídos, así como los cadáveres de quienes habían quedado atrapados mientras intentaban huir de la ciudad. Me aferré a la afirmación de Quinn: «Precisamente por eso tenemos un plan». Si veíamos soldados, ella y yo abandonaríamos Sau-salito y no nos detendríamos hasta internarnos en el laberinto de Muir Woods, donde años atrás habían construido un búnker subterráneo. Yo me quedaría allí y me alimentaría de las provisiones almacenadas, mientras los soldados peinaban California; las restantes mujeres se desplazarían hacia el oeste, hacia Stinson Beach, donde aguardarían en un motel abandonado a que la invasión hubiera terminado. Correrían bastante peligro si los soldados descubrían el campamento..., y mucho más si comprobaban que me habían escondido para protegerme del monarca.

—Se ha detectado cierta actividad en el otro extremo del puente —anunció Isis desde la entrada de California, oculta tras un montón de espesos arbustos. Se había sujetado el cabello con un pañuelo y, asomada al saliente de piedra, sostenía unos prismáticos en la mano. Abandonamos las bicicletas y nos reunimos con ella. Maeve, encaramada sobre la puerta trampa, detrás del saliente, repartía fusiles y munición adicionales, y entregó un arma a Harriet y otra a Quinn.

—Pegaos a la pared —les indicó.

Las mujeres siguieron sus instrucciones. Era una de las madres fundadoras más jóvenes y el miembro de la comunidad que mejor representaba la actitud que se esperaba de nosotras en el campamento; conservaba el mismo aspecto que el día en que la conocí, de pie en la entrada de California: alta, de músculos muy marcados y cabello rubio trenzado. Era la que había rechazado a Caleb. Yo había aceptado una habitación en su casa, los alimentos y la ropa que me entregó, así como el puesto que me había conse-

guido en la librería, porque comprendía que era su forma de transmitir los sentimientos que no podía expresar: «Lo lamento, pero no tuve más remedio que hacerlo».

Cogí un fusil y me reuní con las demás, sin dejar de percibir la frialdad de la pesada arma que sostenía entre las manos. Recordé que Caleb me había dicho cuando estaba en su refugio: «Matar a un soldado de la Nueva América, aunque sea en defensa propia, es un delito que se castiga con la pena de muerte». Me acordé entonces de los dos soldados a los que había disparado en defensa propia, cuyos cadáveres habíamos dejado en la carretera, junto al todoterreno del Gobierno. Había retenido a punta de pistola a un tercer soldado y lo había obligado a conducirnos hasta California; las manos le temblaban sobre el volante. Caleb se había desplomado en el asiento trasero y le sangraba la pierna, donde había recibido una cuchillada. Ese soldado era más joven que yo, y lo liberé cuando llegamos a los alrededores de San Francisco.

—Maeve, ¿necesitamos las armas? No deberíamos utilizar...

—Si descubren a las fugadas, las conducirán de regreso a los colegios, donde pasarán los próximos años embarazadas y tan drogadas que ni siquiera recordarán sus nombres. No es una opción viable.

Recorrió la fila de mujeres y les corrigió la posición de los hombros, echándoselos hacia delante, para que apuntaran mejor.

Siguiendo la línea del cañón del fusil, enfoqué hacia el extremo del puente, contemplé el océano gris y me negué a reflexionar sobre las omisiones de Maeve, pues no había mencionado qué ocurriría conmigo. Por el contrario, su afirmación encubría un ligero tono acusador, como si yo hubiese invitado a venir a los soldados.

No dejamos de vigilar ni un momento. Me concentré en el sonido de la respiración de Harriet mientras aquellas figuras recorrían el puente. Desde tan lejos solo distinguí

dos siluetas oscuras, una más pequeña que la otra, que caminaban entre los coches calcinados. Al cabo de unos segundos, Isis bajó los prismáticos y comentó:

—Lo acompaña un perro, un rottweiler.

Cogiendo los prismáticos, Maeve indicó:

—Seguid apuntando y, si se produce una agresión, no dudéis en disparar.

Ambas figuras se acercaban. El hombre caminaba encorvado; la camisa negra que llevaba le permitía confundirse con la calcinada calzada.

—No va de uniforme —comentó Quinn, y relajó la sujeción del fusil.

—Eso no significa nada —afirmó Maeve, enfocando los prismáticos—. Ya los hemos visto sin uniforme.

Yo estudié la figura y busqué semejanzas con Caleb.

Cuando el individuo se halló a menos de doscientos metros, se detuvo a descansar junto a un coche. Buscando indicios de vida, escrutó la ladera de la colina, y aunque nos ocultábamos detrás del saliente, no apartó la mirada.

—Nos ha visto —siseó Harriet, y pegó la mejilla a la piedra.

A todo esto, el hombre cogió la mochila y sacó algo de ella.

—¿Es un arma? —preguntó Isis.

—No lo sé —respondió Maeve.

Isis situó el índice sobre el gatillo.

El hombre reanudó la marcha con renovada decisión, y Quinn apuntó.

—¡Alto ahí! —gritó permaneciendo agachada detrás del saliente para que no la viera—. ¡No dé un paso más!

El hombre echó a correr llevando a su lado al perro, cuyo cuerpo —negro y macizo— acusaba el esfuerzo.

Maeve se desplazó unos centímetros y susurró al oído de Quinn:

—Pase lo que pase, impide que se marche.